

La caída de la demanda agregada es una de las causas de la Gran Recesión. Los problemas bancarios, financieros, bursátiles, son una parte explicativa de la crisis; pero su carácter sistémico abraza distintos factores, siendo una de las consecuencias más precisas la debilidad del consumo que, a su vez, infiere un problema mayor: la deflación. Y ésta se vincula a las políticas de austeridad. Austeridad y deflación van unidas. Si se apuesta por la primera, como se ha hecho sin ambages, no puede uno alarmarse porque aparezca la segunda. Hasta hace poco tiempo, los economistas y los políticos europeos no se preocupaban en exceso por la caída o el estancamiento de los precios¹. La inflación sí constituía un foco claro de inquietud y de obsesión. Todo el mundo hablaba de los rescates bancarios, de las primas de riesgo y de los problemas financieros, como trípode esencial que debía rehacerse, mientras el crecimiento del paro se observaba como una consecuencia lamentable pero lógica de los ajustes aplicados. Pero pocas voces advirtieron del riesgo de deflación en Europa. Ante esto, escuchar a Christine Lagarde y Mario Draghi inquietarse, aunque veladamente, por la bajada de los precios en la eurozona, llena de estupor y satisfacción. De estupor, porque no se acierta a entender cómo es posible que las grandes instituciones que representan los nombres citados (FMI y BCE, respectivamente), no hubieran contemplado seriamente algo que la Historia Económica más reciente enseña. De satisfacción, porque vuelve a confirmarse algo que se rubricó con la actuación de Ben Bernanke al frente de la Reserva Federal: conocer la economía histórica ayuda a diagnosticar mejor.

La deflación (o des-inflación, una nueva jerga que se han sacado de la manga algunos expertos) está presente en la eurozona. No tiene los visos conocidos en la Gran Depresión, con caídas de precios de dos dígitos. Los economistas conocen suficientes ejemplos de procesos deflacionistas en la historia reciente. De hecho, antes de la Primera Guerra Mundial, con buena parte de los países adheridos al patrón oro, se apreciaron dos décadas de deflación seguidas de otros veinte años de inflación. La deflación se acaba asociando a la depresión durante la década de los años 1930; pero se conocen caídas severas de precios en escenarios de crecimientos acelerados en el período 1870-1896 –con el impulso de la Segunda Revolución Industrial–, en el que esta primera gran crisis del sistema capitalista se caracterizó por la expansión

¹ Como muestra ilustrativa, el Banco de España concedía, en 2011, escaso recorrido a las posibilidades deflacionistas, y defendía la política monetaria desplegada por el BCE. Cf. <http://www.bde.es/f/webbde/SES/Secciones/Publicaciones/PublicacionesBCE/BoletinMensualBCE/11/Fich/bm1102-3.pdf>. En 2005, un informe del FMI aseveraba, de forma vehemente, que la deflación estaba derrotada: *Perspectivas de la economía mundial*, septiembre de 2005, <https://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2005/02/esl/weo0905s.pdf>.

económica, la concentración de capital, el avance de las finanzas, la administración gerencial, los aumentos de producción y productividad y la caída de los precios. Una coyuntura en la que emerge el imperialismo económico y la feroz competencia comercial por parte de nuevas potencias.

Ahora bien, a partir de la Gran Recesión se han producido ya inflaciones negativas en el sur de Europa (véase tabla 1)², relacionadas con retrocesos en los PIB, hasta llegar a tasas negativas. Y un claro estancamiento de los precios en España. Esta situación tiene sus causas, como decía, en las políticas de austeridad y en la falta de actuación del BCE. Se comprueba el desplome de los precios en 2009, un efecto rebote en 2010 y una bajada gradual desde 2011, con dos excepciones: Grecia, que se hunde sin remisión a distancia de los otros países (llega al 1 por ciento negativo en 2013); y Japón, único país que experimenta la recuperación en sus precios, frente al languidecimiento de los indicadores de Reino Unido, Estados Unidos, Alemania, Grecia, España y el conjunto de la Unión Europea. De alguna manera, Grecia y Japón sintetizan dos pautas distintas: una, la del país heleno, que se centra en la aplicación a ultranza de la austeridad, con consecuencias corrosivas; otra, que huye precisamente de esas políticas aplicadas durante largos quinquenios, con resultados paralizantes para su crecimiento económico, y que acaba por apostar por políticas monetarias expansivas. Cara y cruz para enfrentarse a una misma problemática: la crisis económica, la falta de crecimiento; y actuaciones expeditivas en ambos casos, pero en direcciones opuestas.

² La evolución de la inflación en la Unión Europea entre 2002 y 2013, en <http://epp.eurostat.ec.europa.eu/tgm/table.do?tab=table&language=en&pcode=tec00118&tableSelection=1&footnotes=yes&labeling=labels&plugin=1>.

Tabla 1

Evolución de la inflación, 2002-2013

| Años | UE-27 | Alemania | Grecia | España | Francia | Italia | Portugal | Reino Unido | USA | Japón |
|------|-------|----------|--------|--------|---------|--------|----------|-------------|------|-------|
| 2002 | 2,5 | 1,4 | 3,9 | 3,6 | 1,9 | 2,6 | 3,7 | 1,3 | 1,6 | -0,9 |
| 2003 | 2,1 | 1 | 3,4 | 3,1 | 2,2 | 2,8 | 3,3 | 1,4 | 2,3 | -0,3 |
| 2004 | 2,3 | 1,8 | 3 | 3,1 | 2,3 | 2,3 | 2,5 | 1,3 | 2,7 | 0 |
| 2005 | 2,3 | 1,9 | 3,5 | 3,4 | 1,9 | 2,2 | 2,1 | 2,1 | 3,4 | -0,3 |
| 2006 | 2,3 | 1,8 | 3,3 | 3,6 | 1,9 | 2,2 | 3 | 2,3 | 3,2 | 0,3 |
| 2007 | 2,4 | 2,3 | 3 | 2,8 | 1,6 | 2 | 2,4 | 2,3 | 2,8 | 0 |
| 2008 | 3,7 | 2,8 | 4,2 | 4,1 | 3,2 | 3,5 | 2,7 | 3,6 | 3,8 | 1,4 |
| 2009 | 1 | 0,2 | 1,3 | -0,2 | 0,1 | 0,8 | -0,9 | 2,2 | -0,4 | -1,4 |
| 2010 | 2,1 | 1,2 | 4,7 | 2 | 1,7 | 1,6 | 1,4 | 3,3 | 1,6 | -0,7 |
| 2011 | 3,1 | 2,5 | 3,1 | 3,1 | 2,3 | 2,9 | 3,6 | 4,5 | 2,9 | -0,2 |
| 2012 | 2,6 | 2,1 | 1 | 2,4 | 2,2 | 3,3 | 2,8 | 2,8 | 2,1 | -0,2 |
| 2013 | 1,5 | 1,6 | -0,9 | 1,5 | 1 | 1,3 | 0,4 | 2,6 | 1,5 | 0,4 |

FUENTE: Eurostat. Para USA y Japón en años 2012-2013: la Caixa Research. Para 2011:

<http://es.global-rates.com/estadisticas-economicas/inflacion/2011.aspx>.

1. En el caso de Grecia, se amplificaron las políticas de austeridad más duras: condiciones estrictas a la administración pública, recortes de prestaciones y en inversiones, despidos masivos, rebajas de las pensiones, ajustes salariales, todo con el objetivo de equilibrar el déficit público, contener la deuda y, sobre todo, demostrar el castigo que debían padecer los incumplidores de los pactos financieros. Los préstamos librados a Grecia, que han compuesto su muy parcial rescate económico, la pérdida de iniciativa democrática y las exigencias fijadas, han generado movimientos sociales de protesta con resultados a veces dramáticos –suicidios, represión–. Lo que es peor: las condiciones de vida de los griegos han vuelto atrás un par de décadas. La adopción de estas políticas en Grecia se ha extendido, con menor virulencia, al sur de Europa. Esto tiene, además, una consecuencia más letal: la fragmentación del espacio europeo. A pesar de la estabilización de los mercados por parte del BCE, el distanciamiento entre el sur y el norte se agrava, con elevados costes humanos y sociales en la periferia europea. Pero esa división, que parece promocionarse, constituye a su vez una seria amenaza para la integración de la eurozona.

2. La inacción del Banco de Japón hasta 2012 se manifestaba en las declaraciones de sus representantes en el sentido de que el problema de la economía nipona era estructural, así que correspondía actuar al gobierno. El cambio en éste último se materializa con la llegada al poder de Shinzo Abe, a fines de 2012; y ese giro político infiere a su vez una reorientación de la política económica. Ésta se concentra en unos

vectores determinados. Primero: la expansión fiscal en el corto plazo y la subida de impuestos de forma paulatina, para controlar el déficit. Segundo: el relevo en la máxima autoridad del Banco de Japón, con el nombramiento de un nuevo gobernador –Haruhiko Kuroda– cuya misión inmediata es el impulso de una política monetaria que reduzca los tipos de interés reales y, a su vez, estimule la inflación, con lo que se puede activar el crecimiento. Tercero: reformas para impulsar la economía a largo plazo, que a su vez compensen el envejecimiento demográfico. Los resultados no se han hecho esperar demasiado: la depreciación del yen –entorno al 20 por ciento–, la contracción de los tipos de interés y la apreciación de los activos bursátiles, son tres muestras elocuentes. Éstas compilan un proceso claro, la colaboración desplegada entre la política fiscal y la monetaria, y un corolario elocuente: la recuperación de los precios. La inflación japonesa se ha recuperado de manera tenue, pero efectiva; la europea sigue con pulsaciones tan bajas que el BCE ha anunciado nuevos estímulos a raíz de la crisis de China. Una prueba más que relaciona austeridad con deflación y con mantenimiento de la recesión.